

Antropología colaborativa y movimientos sociales: construyendo ensamblajes virtuosos entre sujetos en proceso

Alberto Arribas Lozano

Laboratorio de Estudios Interculturales. Universidad de Granada

aarribas@ugr.es

Palabras clave: etnografía colaborativa, reflexividad dialógica, movimientos sociales, compañeros epistémicos, Oficinas de Derechos Sociales.

Resumen: En este artículo reflexiono sobre las relaciones entre antropología y activismo a partir de mi experiencia de trabajo de campo etnográfico con redes de movimientos sociales en el periodo 2008-2012. Señalo las características y las ventajas de las prácticas colaborativas de investigación, subrayando cómo los proyectos articulados en torno a preguntas compartidas permiten, junto con los movimientos sociales, desplegar una antropología que: 1) enriquece y complejiza nuestra comprensión de la acción colectiva; 2) resulta útil a los sujetos con quienes trabajamos, al conectarse con sus intereses y necesidades; y 3) engarza con debates centrales en la disciplina, al situar las cuestiones epistemológicas y metodológicas en el centro de nuestros trabajos: para qué, para quién y cómo hacemos investigación.

Asistimos en los últimos años a un creciente protagonismo de las lógicas colaborativas de investigación en Antropología. La colaboración siempre ha estado presente, con diferentes grados de intensidad, en nuestros trabajos, pero parecería que ahora está pasando a ser una precondition que atraviesa y da forma a nuestros proyectos, convirtiéndose en el nuevo tropo desde el que reformular epistémica y metodológicamente la práctica etnográfica. No obstante, a pesar de esta creciente importancia hay una ausencia notable de trabajos que expliciten cómo se están desarrollando este tipo de propuestas. La colaboración tiende a presentarse como un marco normativo o un programa ideal de trabajo, pero carecemos de narraciones que den cuenta de manera detallada de qué significa colaborar en situaciones concretas, cómo se está materializando y qué implica, en la práctica, trabajar desde relaciones colaborativas de investigación; y se echa de menos también un mayor esfuerzo de reflexión teórica y epistemológica que tome la colaboración como objeto de indagación: pensar sobre la colaboración desde la

Ankulegi 19, 2015, 59-73

Fecha de recepción: 09-04-2015 / Fecha de aceptación: 18-11-2015

ISSN: 1138-347-X © Ankulegi, 2015

colaboración. ¿Cómo se toman las decisiones, y de qué maneras se negocian y reformulan los objetivos compartidos a lo largo del proceso?, ¿qué habilidades y saberes son necesarios para desplegar y sostener este tipo de propuestas, y cómo podemos aprender —y enseñar— a colaborar en investigación?, ¿cómo medir el impacto de los proyectos colaborativos, y quién debería hacerlo: tan solo la comunidad académica o también los sujetos con quienes trabajamos?, ¿de quién es la autoría de los materiales producidos en colaboración, y quién determina los modos en que son empleados? Estas preguntas, y otras que podríamos hacernos en el mismo sentido, son el eje desde el que articular una discusión menos programática y más fundamentada sobre la investigación colaborativa.

Partiendo de dichas coordenadas, este artículo presenta la dimensión metodológica de un trabajo en el que la colaboración fue más un punto de llegada —que modificó el devenir posterior del proyecto— que un punto de partida. Pero antes de explicar ese proceso señalaré de manera sintética las características de estas lógicas y prácticas de investigación.

En primer lugar, las lógicas colaborativas sitúan las preguntas epistemológicas —¿para qué y para quién?— en el centro de nuestros proyectos. La noción común es que nuestros trabajos no deben responder únicamente a problemas teóricos o disciplinares, sino que han de resultar también útiles y relevantes para los sujetos con quienes trabajamos, que pasan aquí de ser “objeto” de estudio a ser co-protagonistas del proceso de investigación, un gesto que supone articular procesos abiertos y continuos de diálogo y negociación de una agenda compartida y de los objetivos —no siempre coincidentes— entre los diferentes actores. Esta propuesta

implica situar deliberada y explícitamente la colaboración como la columna vertebral que oriente las distintas fases de la investigación: la formulación y el diseño del proyecto, las decisiones metodológicas, el desarrollo del trabajo de campo, el análisis de los datos, la escritura y las resoluciones en torno a la propiedad y difusión de los resultados producidos. (Lassiter, 2005: 132).

Desde este enfoque, lograr que nuestros proyectos sean relevantes pasa por operar un desplazamiento fundamental: pensar “junto y con” los sujetos de la investigación, en lugar de “sobre” ellos¹. Se parte de la reflexividad y de la condición de productores de conocimiento de los sujetos con quienes trabajamos, y se busca que nuestras investigaciones se conecten con sus propias preocupaciones y preguntas. Pensar y producir conocimiento “junto y con” demanda construir espacios de diálogo, y situar como eje de la investigación los temas —las problemáticas comunes— que emerjan a partir del mismo. Así, las lógicas colaborativas tensionan los modelos tradicionales de

¹ Aunque ahora ocupe un lugar más central, esta idea está presente desde hace décadas en diversas tradiciones de pensamiento e investigación en ciencias sociales: la investigación-acción participativa; la investigación feminista; el enfoque decolonial; la etnografía activista o militante; la sociopraxis; las metodologías indígenas; o las diversas experiencias de la antropología colaborativa. Estas tradiciones remiten a genealogías particulares, están orientadas a trabajar con grupos o problemáticas específicas, presentan grados variables de institucionalización y han desarrollado sus propios corpus teóricos. Sin embargo comparten su cuestionamiento de las formas hegemónicas de producción de conocimiento, su exigencia de articular relaciones y prácticas más igualitarias y negociadas, y su búsqueda en torno a las operaciones metodológicas: ¿cómo construir conocimiento y cómo intervenir en la realidad junto y con los sujetos con quienes trabajamos?

producción y validación del conocimiento, al desestabilizar la asimetría (la subordinación) implícita en la relación sujeto-objeto de investigación, y dar paso a un encuentro entre sujetos en proceso, problematizando también las dicotomías entre objetividad-subjetividad, teoría-práctica, etc. Este desplazamiento no debería hacernos pensar en imágenes de horizontalidad más o menos ingenua; no tiene sentido plantear que la colaboración anula o supera las complejidades que atraviesan toda relación social. De lo que se trata es, en un registro diferente, de subrayar que en este tipo de procesos no estamos ya ante la categoría clásica del informante, aquella persona que provee de información al experto que posteriormente realizará el análisis, sino ante un diálogo de reflexividades entre "compañeros/as epistémicos/as" (Holmes y Marcus, 2008: 84) que producen conocimiento colaborando en torno a problemas e intereses compartidos.

Dicho diálogo de reflexividades modifica profundamente el estatuto del trabajo de campo, que pasa de ser un espacio-tiempo de producción de datos, anterior y separado del momento del análisis, a ser un espacio-tiempo en el que se despliegan dinámicas de co-análisis, co-conceptualización y co-teorización (Rappaport, 2008) que pueden extenderse hasta incluir la escritura de los resultados de investigación. No estamos ya "recogiendo datos", sino reflexionando junto y con los sujetos cuando ellos y ellas reflexionan colectivamente sobre sus propias categorías de sentido para redefinirlas y resignificarlas, y por eso no tiene sentido hablar de una fase posterior de devolución del análisis elaborado por el investigador-experto. Aquí nos situamos en otro plano, en una lógica de investigación donde lo importante es abrir espirales de "acción-reflexión-acción" en las que la reflexión colectiva sobre el proble-

ma en torno al que estemos trabajando vaya construyendo nuevas reflexividades y posibilidades de acción. En este contexto, el investigador o investigadora pasan a convertirse en transductores que dinamizan o facilitan la elaboración de dichas reflexividades, pero sin pretender imponer sistematizaciones cerradas, ya que lo importante no son solo las decisiones alcanzadas sino también las preguntas que quedan abiertas, para que a partir de ahí "sean los propios grupos como 'sujetos en proceso' los que vayan creando y construyendo nuevas situaciones y aportaciones" (Villasante, 2006: 316) desde las que seguir avanzando.

El proceso de investigación es, por lo tanto, más abierto que en otros enfoques y presenta una clara vocación experimental: integrar las preguntas, análisis e intereses de los sujetos con quienes trabajamos, creando así espacios de codecisión a lo largo de todo el proceso, supone que el investigador o investigadora tendrán que delegar una parte significativa de su propio control sobre el proyecto (Hale, 2008: 15). La autoridad es compartida, y nuestra tarea en esa dinámica de reflexividad dialógica es aprender acompañando y siendo acompañados/as, una situación que no puede estar exenta de tensiones entre los actores implicados pero que es justamente la mayor riqueza de estas propuestas colaborativas. Cuanto más sientan los sujetos con quienes trabajamos que el proyecto les resulta útil y relevante, y cuanto más se apropien del mismo, más rico puede llegar a ser el análisis compartido y mayores nuestras opciones de producir un conocimiento más complejo. Las lógicas de co-análisis multiplican los matices de los mapas que estamos construyendo, y nos permiten acceder a planos de acción a los que resultaría difícil llegar desde otras aproximaciones. Así, al forzar

la negociación entre perspectivas, saberes e intereses diferentes, este enfoque nos abre la posibilidad de explorar formas novedosas de pensamiento y de creación de conocimiento.

No obstante, no deberíamos pensar la colaboración como la “nueva manera correcta” de hacer investigación. Para Rappaport (2008) las condiciones de posibilidad de la investigación colaborativa son: el compromiso de sostener un diálogo a largo plazo, algo que no siempre es posible en los tiempos acelerados de la academia neoliberal; un grado alto de confianza entre las partes, que generalmente es resultado de estar inserto —enraizado— en una red de relaciones con los sujetos de la investigación; y la presencia de un grupo de interlocutores que puedan asumir y liderar el proceso de co-análisis y co-teorización, que tengan motivación e interés en hacerlo, y que hayan desarrollado cierto nivel de reflexividad y de producción conceptual sobre sus propias prácticas y experiencias. También es importante recordar que no hay una única forma de hacer “colaboración”: hay prácticas colaborativas en plural. Se trata de una metodología artesana, alejada de los automatismos, centrada en el proceso y que responde a las particularidades que cada situación de investigación nos reclama, con sus propias potencias, límites y tensiones que habrá que manejar de manera creativa. Lo fundamental es mantener en el centro de nuestras investigaciones el cuestionamiento sobre los modos de producción y validación del conocimiento: para qué y para quién se produce, cómo se produce, cuáles son los criterios para considerar un determinado saber como legítimo (o como ilegítimo, no importante, desechable) y desplegar las estrategias que nos permitan abrir otros horizontes para y desde nuestros proyectos.

En este sentido, las prácticas colaborativas abren expectativas en dos planos diferentes; si, por un lado, nos comprometemos explícitamente con los grupos con quienes trabajamos, operando en clave de responsabilidad y reciprocidad en relación a nuestros “compañeros epistémicos”, por otro mantenemos la aspiración a producir conocimiento académico riguroso y de calidad, así como a innovar teórica y metodológicamente. Pero estas expectativas también deben ser problematizadas. Dedicamos tiempo, saberes y esfuerzo a construir redes, herramientas y “lugares seguros” —tan seguros como sea posible al interior de la universidad neoliberal— que nos permitan intervenir en las luchas epistémicas que se dan en la academia. Buscamos con la misma determinación desarrollar investigaciones relevantes para nuestros colaboradores y colaboradoras que tengan utilidad para los procesos de acción colectiva en los que se encuentran implicados. Necesitamos creer que nuestro trabajo tiene algún impacto positivo sobre esos procesos; y esta es siempre una tensión abierta para quienes optan por estos enfoques y maneras de entender las prácticas académicas y de investigación. Sin embargo, debemos reconocer que hay límites muy marcados en relación al efecto real que pueden tener nuestros trabajos. Es una cuestión de equilibrio; hay múltiples maneras en las que la investigación puede apoyar y fortalecer las prácticas de los movimientos (también hay múltiples modos en los que puede dañar dichos procesos), pero debemos evitar plantear expectativas poco realistas que acaben generando frustración en los diferentes actores implicados. Y ahí los planteamientos normativos y descontextualizados son parte fundamental del problema. Sin dejar de reconocer las potencialidades de la colaboración, no debemos

pasar por alto que, en la práctica, está siempre tensionada por una multiplicidad de demandas heterogéneas que llegan tanto desde el campo académico como desde los sujetos de la investigación, demandas que no siempre son compatibles entre sí y que tienen que ser continuamente renegociadas. Es necesario, por lo tanto, dejar de lado las narrativas idealizadas-idealizadoras sobre la investigación colaborativa y complejizar nuestros debates a partir de la exploración crítica de prácticas y experiencias reales y concretas.

Partiendo de esa idea, este artículo presenta las decisiones metodológicas tomadas en una investigación —mi tesis doctoral— en torno a las lógicas y prácticas emergentes de acción colectiva, cuyo trabajo de campo se desarrolló entre 2008 y 2012. En ese periodo llevé a cabo una aproximación etnográfica a la red de Oficinas de Derechos Sociales (ODS), un espacio creado en el interior de comunidades activistas en el estado español durante la primera década del 2000. La primera ODS se formó en Sevilla entre 2004 y 2005, y durante el trabajo de campo de la investigación la red estaba compuesta por diez nodos situados en: Madrid, Zaragoza, Málaga, Barcelona, Terrassa, Sevilla y Pamplona. Las ODS emergieron como herramientas desde las que lanzar y acompañar procesos de autoorganización contra la precariedad en el ámbito laboral, de extranjería y de acceso a la vivienda, y desde las que tejer alianzas entre sujetos precarios autóctonos y migrantes. Sin entrar aquí a detallar el trabajo concreto desplegado por los distintos dispositivos, la decisión para centrar mi investigación en dicha red se basaba principalmente en dos de sus características, que explicaré a continuación.

Comunidades activistas de largo recorrido: entre la doble insatisfacción y la reinención de las prácticas

La red de ODS se creó en el interior de comunidades activistas de larga duración, que se habían ido construyendo desde la segunda mitad de la década de 1990 a través de un circuito amplio de encuentros, reflexiones, prácticas y afectos compartidos. A lo largo de su trayectoria dichas comunidades se habían visto atravesadas por una doble insatisfacción: proponían un cuestionamiento radical de la “vieja política” (partidos, sindicatos mayoritarios, lógicas de representación), pero también, con la misma intensidad, habían venido planteando una autocrítica profunda de los circuitos y las dinámicas autoreferenciales de los propios movimientos sociales. El resultado de este doble malestar era un impulso colectivo de búsqueda y ensayo de otras formas de hacer política, priorizando un estilo de trabajo más abierto y que apostaba por salir fuera de los circuitos activistas tradicionales (lo que denominaban “el gueto militante”). Se imponía así una lógica de experimentación donde, como insistían los y las integrantes de las ODS, lo importante no eran solo los proyectos o dispositivos que se despliegan, ya que estos se entendían como herramientas que han surgido en un contexto y que si dejan de servir —si dejan de tener incidencia— hay que redefinirlas o inventar otras nuevas; lo importante es, sobre todo, el tipo de política que se intentaba construir. Así, como enunciaba Pantxo, de la ODS Exit, de Barcelona, para esta red “lo programático está ligado a las prácticas de reinención de la organización y a la transformación de las formas de hacer”.

Ese era el marco donde se centraba mi investigación; no analizaba un episodio de

movilización o protesta, ni siquiera una organización en particular, sino que pretendía “seguir” y cartografiar esos procesos de reflexión colectiva, experimentación y redefinición de la acción política. Una propuesta que reclama, a nivel metodológico, ponerse en movimiento con el movimiento, una tarea para la que la etnografía aparece como un enfoque-herramienta privilegiado. La inserción en el tiempo y el espacio de lo cotidiano que acompaña al trabajo de campo permite observar estas prácticas emergentes de acción colectiva según se producen y se despliegan. La atención privilegiada al proceso y a lo relacional, a lo micropolítico, a los relatos de larga duración, a la (re)producción y transformación de los vínculos y los sentidos compartidos que propone la etnografía es clave porque nos invita a mirar y escuchar prestando mayor atención a la contingencia, al dinamismo y a la complejidad de los factores que se (re)combinan de maneras inesperadas en cada situación.

Además, al trabajar en torno a este tipo de dinámicas emergentes y experimentales, necesariamente difusas —lo que está naciendo, lo que aún estamos aprendiendo a nombrar— la tarea del investigador o investigadora no es imponer *a priori* algún tipo de orden, limitando su forma, tamaño o carácter, sino “seguir a los propios actores” (Latour, 2005: 12), es decir, que sean los propios sujetos, los y las integrantes de los movimientos sociales en este caso, quienes tracen la particular geografía variable de su campo. Y aquí, de nuevo, la etnografía se muestra como una herramienta clave, ya que —por su carácter de “disciplina indisciplinada” (Comaroff, 2010)— no pretende sobrecodificar los discursos de los sujetos desde las categorías disciplinares, sino abrir el espacio necesario para que sean esos sujetos quienes

definan los sentidos de sus prácticas, y propongan, desplieguen y ordenen sus propios conceptos, análisis y mapas de relaciones.

Comunidades reflexivas: sobre la producción colectiva de conocimiento

La segunda característica a destacar de la red de ODS es que se trata de una experiencia en la que la producción y sistematización colectiva de saberes —situados, encarnados, surgidos en y desde las propias prácticas— no se pensaba como un complemento o un momento separado de la acción política: pensamiento colectivo, experimentación política y producción de movimiento eran entendidos y vividos como hilos de un mismo tejido. La investigación militante era un elemento central en esta red, y la mayoría de los y las integrantes de las ODS con quienes trabajé en este proyecto formaban parte de algunas de las iniciativas de autoformación e investigación más sólidas e innovadoras desplegadas desde los movimientos sociales en la última década: Precarias a la Deriva, la Universidad Nómada, el Observatorio Metropolitano, el Grupo de Estudios Metropolitanos A_Zofra, o el proyecto Nociones Comunes.

Estas comunidades epistémicas, atravesadas por prácticas de investigación y producción de conocimiento, operan como laboratorios en los que se imaginan y se ensayan otras formas de hacer política. Se trata de sujetos altamente reflexivos sobre su propio hacer, y que cotidianamente ponen en juego prácticas (entrevistas, cartografías, talleres de discusión y análisis colectivo, publicaciones, derivas, grupos de lectura, etc.) similares a las desplegadas desde la propia antropología. Estamos así ante situaciones que recuerdan

lo que Holmes y Marcus denominan como “para-etnografía” (2008: 86), y que tienen una incidencia directa en el desarrollo de nuestras investigaciones. Trabajar con este tipo de actores permite construir un escenario de reflexividad dialógica en el que articular investigaciones que, además de para la academia, sean útiles para los sujetos con quienes desplegamos nuestros proyectos, en este caso la red de ODS. Hacer posible esta relevancia, darle cuerpo, pasa necesariamente por intentar que nuestras investigaciones se conecten de modo creativo y productivo con las inquietudes, conversaciones y preguntas que preocupan e interpelan a esas comunidades activistas. No se trataría, por lo tanto, de “enseñar” nada al movimiento desde una supuesta posición de experto, sino de abrir trayectos que se puedan recorrer de manera conjunta; así, como afirmaba Juris (2007: 165), “el conocimiento etnográfico producido de manera colaborativa busca facilitar procesos de (auto)reflexión activista que ya están en marcha en relación a los objetivos, las tácticas, las estrategias o las formas organizativas de un movimiento”. ¿Cómo se produjo esta conexión-ensamblaje en el trabajo que presento en este artículo?

La primera fase de trabajo de campo: mayo 2008-febrero 2011

Ya he comentado que para mí la colaboración fue más un punto de llegada que un punto de partida; en ese sentido, no presento este trabajo como si fuera un caso ideal, sino justamente para enfatizar la multiplicidad de prácticas que pueden pensarse y desarrollarse en esta clave, subrayando que “puede haber momentos colaborativos en procesos de investigación más convencionales, así

como ocasiones en las que investigaciones colaborativas recurren a modelos más clásicos” (CRESC, 2013: 24). Siempre tuve claro que quería investigar y pensar junto y con la red de ODS, no sobre la red de ODS. Sin saber bien cómo activar ese desplazamiento, pensé que esa agenda compartida entre mis intereses y necesidades y los suyos era algo que podía ir definiéndose a lo largo del proceso; confiaba en que en algún momento sería posible dar un giro colaborativo a una investigación que había nacido desde otras coordenadas.

Había preparado mi propuesta de trabajo sin consultarlo previamente con la gente que forma las ODS; armé rápido el proyecto pensando que “en realidad nadie se va a molestar por esto, hay confianza, somos amigos”. Nunca había participado directamente en una ODS, pero sí había sido parte de esa comunidad amplia de activistas, compartiendo algunos de los trayectos de esa red de afectos y prácticas políticas, y eso me permitió una entrada muy fácil en el campo: hablé con una persona de la ODS de Málaga, ella escribió un mensaje a la lista de correo de la red contando que yo tenía la intención de hacer esta investigación, me incorporaron a dicha lista, y desde ese momento me pusieron todas las facilidades para realizar este proyecto. El trabajo de campo se extendió —de manera intermitente— a lo largo de cuatro años, y puede dividirse en dos fases.

La primera abarcó desde el II Encuentro de la Red de Oficinas de Derechos Sociales, celebrado en mayo de 2008 en el Centro Social Patio Maravillas, en Madrid, hasta febrero de 2011; e incluyó episodios de observación participante en asambleas, encuentros estatales, jornadas de autoformación, etc., así como la realización, entre diciembre de 2009 y octubre de 2010, de un total de treinta y una en-

trevistas con activistas de los diez nodos de la red. Para estas entrevistas tracé una guía con los ejes que consideraba que podían ser importantes, usando para ello las notas tomadas en los encuentros a los que había asistido, la información que las propias ODS presentaban en sus páginas web, y los correos que llegaban a la lista de la red. De manera muy sintética, los ejes eran los siguientes:

- Las ODS como propuesta, como idea y deseo: ¿cómo definen una ODS?, ¿cuáles son para ellos y ellas las características de este dispositivo-herramienta?, y ¿de qué intenta escaparse una ODS y hacia dónde quiere caminar?
- Las ODS puestas a trabajar: origen, trayectoria, características y funcionamiento de cada nodo de la red; ¿qué ha ido funcionando y qué no?, ¿qué ha ido cambiando a lo largo del tiempo?, ¿cuáles son los puntos de tensión más relevantes que han ido apareciendo en el proceso?, etc.
- La red de ODS: ¿qué es lo común y qué es lo diferente entre los nodos?, ¿por qué creen que crece la red?, ¿qué aporta el trabajo en red?, ¿qué cambiarían?, ¿cómo se podría mejorar su funcionamiento?, y ¿cómo imaginan el futuro de las ODS?
- Trayectorias de formación, laboral y de militancia de cada entrevistado/entrevistada; además, una pregunta abierta sobre cómo piensa cada uno/una su militancia, qué significa la militancia en su vida.

A estos cuatro bloques, cuyo contenido se fue redefiniendo en cada encuentro, se sumaban dos preguntas que cerraban todas las entrevistas. La primera, que resultó muy útil para introducir nuevos elementos de discusión era: “¿hay algo de lo que no hayas hablado y que para ti sea importante en relación

a las ODS?, ¿qué pregunta ha faltado?”. La segunda, que comentaré en detalle a continuación, era: “¿de qué manera(s) crees que os podríais apropiarse de esta investigación?, ¿cómo os podría servir esto para vuestro proceso/proyecto?”.

La investigación podría haber terminado en este punto. Tenía material en cantidad y calidad suficientes para armar un trabajo sólido. Pero seguía empeñado en la idea de la relevancia y de la investigación “junto y con” que he venido desglosando, y traté de acercarme a ese objetivo —de un modo más o menos ingenuo, pero que acabó funcionando— a partir de las respuestas que habían dado a esa última pregunta.

La pregunta sobre la relevancia

Las respuestas que dieron los y las integrantes de la red de ODS a esta pregunta pueden dividirse entre aquellas que planteaban utilidades en base al producto final de la investigación, y aquellas que proponían utilidades vinculadas al propio proceso de la investigación. En el primer caso se hacía referencia al posible alcance de la investigación una vez finalizada y publicada, y al impacto que podría tener su difusión fuera de la propia red de ODS. Se hablaba aquí de una especie de memoria de la trayectoria de estas comunidades activistas, y de la importancia de dejar constancia y visibilizar las prácticas llevadas a cabo. Se insistía en esta idea ya que, por un lado, iba a posibilitar que otra gente hiciera suyas las propuestas de la red y las replicaran —con los ajustes necesarios— en sus propios territorios; pero también, a la vez, porque suponía poner en valor el trabajo realizado a lo largo de los años. Estas ideas estaban además atravesadas por una preocupación com-

partida, que Xavi, de la ODS de Terrassa, expresaba de esta manera:

"Uno de los problemas graves, gravísimos, no sólo de las ODS sino de todo el movimiento así que estamos haciendo cosas, es que tenemos una dificultad para escribir salvaje. Yo creo que hacemos cosas súper interesantes, muy potentes, pero que, luego, o se las explicas a la gente de viva voz, o no hay ni dios que se haya dignado en, ya no en escribir teoría, sino en escribir lo que estamos haciendo, ¿no?, y cómo eso ha evolucionado, y qué te has ido planteando, y qué reflexiones ha habido en torno a crear eso o no crearlo" (entrevista realizada el 23 de octubre de 2010).

En cuanto a las utilidades derivadas de la investigación como proceso, las respuestas podían agruparse en cuatro ejes. En primer lugar, en muchos casos se subrayó el valor inmediato de la entrevista como situación de comunicación: un momento de reflexión pausada y de toma de perspectiva frente a las urgencias cotidianas de la militancia. En segundo lugar, se planteó la opción de devolver y circular dentro de la red algún tipo de informe que yo pudiera elaborar a partir de las entrevistas; esta propuesta —que era el modelo que me parecía menos interesante— se planteaba desde una variedad muy amplia de objetivos, aunque prácticamente todos coincidían en subrayar un déficit de espacios y momentos de reflexión compartida entre los diferentes nodos. Así, se afirmaba que dicho informe podía ayudar a saber mejor qué están pensando y haciendo en los otros puntos de la red; podía facilitar futuros debates y acuerdos colectivos; iba a servir para sistematizar muchos de los saberes que se iban generando en la práctica cotidiana y que ahora estaban dispersos; y podía funcionar como un espejo para la red, desde el

que analizarse y ver dudas, preguntas o ideas comunes y no comunes. En tercer lugar, me propusieron que pusiera los archivos de los materiales en bruto a disposición de la red, para que en cada nodo pudieran usarse de la manera que consideraran conveniente. Y en último lugar, se explicitó la demanda de abrir un proceso de discusión colectiva a partir de las entrevistas, algún espacio de encuentro que sirviera a la red para seguir pensándose a sí misma² y que ayudara a superar ese déficit que mencioné antes.

¿Qué hice con estas propuestas?, ¿cómo continuamos trabajando a partir de aquí?

La segunda fase de trabajo de campo: el momento colaborativo, febrero 2011-mayo 2012

La investigación continuó a partir de las dos últimas propuestas que habían planteado los y las integrantes de la red. A finales de enero de 2011 envié a cada persona a la que entrevisté un correo electrónico con la transcripción de la misma, para que cada cual decidiera qué hacer con ese material, y me consta que en algunos nodos las utilizaron para dinamizar sus propias reuniones y discusiones internas, del mismo modo que sé que —en al menos un caso— algunas de estas entrevistas se emplearon como material de trabajo dentro de otra tesis doctoral. Por otro lado, en ese mismo correo lanzaba la siguiente propuesta:

² Si pudiera hacer de nuevo la investigación, abriría desde el comienzo algún tipo de plataforma *online* que facilitara que las discusiones pudieran ir construyéndose entre muchas voces con mayor agilidad. Esta opción habría incrementado el carácter colaborativo del proyecto, sobre todo en relación a la escritura.

“En las entrevistas os preguntaba cómo pensabais que esta investigación os podía ser útil, y la respuesta que más se repetía es que faltan espacios de reflexión colectiva sobre algunos temas a nivel de la red, y tal vez poner en común lo que ha dicho la gente en los diferentes nodos permitiría avanzar en ese sentido. Retomando esta idea, os propongo que armemos una especie de encuentros o talleres de discusión en cada nodo a partir de algunos de los ejes que aparecen en las entrevistas: las nociones que son comunes y las que no lo son, las líneas de tensión, las diversas concepciones de lo que es una ODS, las ideas sobre cuál debería ser la función de la red o las imágenes de futuro. Para mí esto es también un experimento, así que os pido que lo toméis como una primera propuesta a la que ir dando forma entre todos y todas”.

También me comprometía a enviarles a lo largo de la primavera de 2011 un mapa breve que mostrara los ejes que conformaban las respuestas dadas en las diferentes entrevistas, algo muy descriptivo que sirviera como documento base desde el que pensar estos talleres si finalmente decidían ponerlos en marcha. Añadía que, una vez que definiéramos cómo trabajar, yo podría desplazarme a los diferentes nodos, y que podía ser interesante juntar en ese proceso a gente de nodos diferentes allí donde eso fuera posible por cercanía geográfica. Pero lo más importante, la idea clave que quería plantear, era que cada nodo que quisiera participar decidiría autónomamente tanto los contenidos como la metodología de los talleres, de tal manera que —ahora sí— la utilidad de los mismos quedara asegurada.

Pocas semanas más tarde, a mediados de febrero de 2011, tuvo lugar en Madrid una pequeña asamblea de la red de ODS, aprovechando unas jornadas a las que habían asistido integrantes de la mayoría de los

nodos. Ahí decidieron realizar el siguiente encuentro de la red a finales de octubre de ese mismo año, tomando como eje principal del mismo la reflexión en torno a la propia red de ODS, ya que en ese periodo había una sensación compartida de cierto bloqueo en los dispositivos que exigía volver a pensar las prácticas en un contexto que empeoraba con gran rapidez debido al impacto de la crisis. Se planteó además utilizar mi propuesta de los talleres para llegar a esa cita habiendo realizado en cada ciudad un trabajo previo de debate y análisis colectivo, y ese fue el modo en el que mi investigación finalmente se integraba en la dinámica interna de la red, al introducir los materiales de las entrevistas en los procesos de reflexión que se estaban llevando a cabo. Se activaba así la conexión —el ensamblaje— entre mi proyecto y sus intereses y necesidades, y se abría la posibilidad de acercarse al “giro colaborativo” que había venido buscando.

A partir de ese momento dio comienzo la segunda fase de trabajo de campo, articulada en torno a una serie de talleres donde los materiales producidos en las entrevistas fueron discutidos, analizados e interpretados junto y con los y las integrantes de las ODS. Esta propuesta ofrecía a cada nodo la opción de incluir en sus discusiones las visiones, inquietudes y preguntas que el resto de nodos habían planteado sobre esas mismas cuestiones. Simultáneamente, me ofrecía a mí la posibilidad de multiplicar la riqueza y la complejidad en torno a mis preguntas de investigación, ya que en los talleres la discusión se abría a un número mucho mayor de activistas: ya no serían únicamente quienes quisieron o pudieron participar en las entrevistas, sino —potencialmente— cada ODS al completo, con la diversificación de voces y perspectivas que eso implicaba. Y, sobre

todo, me daba también la posibilidad de sentir que esta investigación (tomada como proceso, en su desplegarse) podía servir para algo más que para mi propia trayectoria académica, y que realmente era posible investigar y pensar “junto y con” los movimientos sociales, y no solo “sobre” ellos. Al mes siguiente envié un nuevo correo a la lista de las ODS en el que presentaba los ejes de las entrevistas, que era el material que serviría de punto de partida para la discusión. La idea era que cada nodo dijera qué ejes querían trabajar (y con qué entrevistas: las de una ciudad determinada, todas o una selección), y yo me encargaría de armar para cada caso un documento que incluyera los fragmentos en los que se hablara sobre los temas decididos.

Hasta aquí la secuencia fue la misma para todos los puntos de la red, y es a partir de este momento cuando cada caso se haría singular. En función de lo que demandaran desde los nodos, cada taller podía ser diferente del resto, y ese era exactamente el objetivo: que se ajustaran lo más posible a las necesidades de los y las activistas. Esta pérdida de control sobre el proceso no solo no me parecía problemática, sino que la entendía como la condición de posibilidad del giro colaborativo que antes señalaba: caminando juntos y juntas yo me ponía, por así decirlo, a su disposición; y como subrayé antes, cuanto más “suyos” fueran los talleres, cuanto más se apropiaran de esta fase del proyecto, mejor también para mí, ya que eso aportaría una mayor riqueza en el análisis compartido.

Comencé a finales de marzo a conversar con las distintas ciudades buscando las fechas concretas para cada encuentro, y el primero que conseguimos cerrar —en conversación telefónica el 9 de mayo de 2011— fue el de Madrid, donde se decidió que se iba a juntar a todos los nodos de la capital en dos

sesiones que se celebrarían el 11 de junio y el 9 de julio siguientes. Empecé a trabajar en la preparación de los materiales que habían seleccionado para el primer taller, a la vez que continuaba los contactos con el resto de nodos, pero menos de una semana después de esa conversación telefónica irrumpiría el acontecimiento-movimiento 15M, desbordando la situación y desorganizando cualquier plan previo.

A finales de mayo hubo un intercambio de correos entre las personas encargadas de coordinar los encuentros en Madrid, planteando que lo que estaba ocurriendo en las calles y plazas hacía que “nadie tuviera mucho en la cabeza” el taller que se había propuesto, y que aunque podía ser interesante mantener las fechas era fundamental incluir la reflexión sobre lo que estaba pasando y sobre cómo se cruzaba (o no) con lo que se venía haciendo desde los diferentes nodos. Añadían que las entrevistas seguían siendo útiles, pero que había que incorporar también otros materiales sobre Sol, y que eso sería “lo que habría que poner en el centro, sobre todo cuando Sol rompe esa cierta parálisis que veníamos constatando en las prácticas”. Marta, una de las coordinadoras, nos preguntaba qué nos parecía esa posibilidad, y en mi caso concreto, si tenía disponibilidad para este giro o si desbarataba mucho mis planes de trabajo. Todos y todas respondimos expresando nuestro acuerdo con lo que había planteado Marta; por mi parte señalaba además que este cambio inesperado me parecía una gran oportunidad: una investigación sobre las formas emergentes de acción colectiva que estaba siendo desbordada por las formas emergentes de acción colectiva. ¿Qué más podía pedir?

Decidimos mantener el taller del 11 de junio, dividiendo el encuentro en dos momentos diferenciados. Comenzamos traba-

jando sobre las entrevistas, aunque el objetivo ya no era utilizar esos materiales para pensar el *impasse* de los dispositivos de la red, sino centrar el análisis en las conexiones entre la red y el acontecimiento-movimiento 15M: dónde se cruzaban y dónde no, qué se reforzaba o se desestabilizaba en relación a los deseos e hipótesis iniciales, a las formas de hacer y las lógicas de experimentación, a las prácticas y a los nudos de discusión más destacados. En la segunda parte se trataba de buscar cuáles de los elementos que se habían resaltado en ese primer momento podían ser útiles como punto de partida para la discusión en el siguiente taller, que iba a estar centrado en reflexionar sobre cómo resituar-reinventar el trabajo de los nodos en la situación abierta por el 15M.

Finalmente llevamos a cabo dos talleres en Madrid, con la participación conjunta de todos los nodos de esa ciudad, en junio y octubre de 2011; dos talleres en Sevilla, en octubre de 2011 y enero de 2012; un taller compartido entre los nodos de Zaragoza y Pamplona, en julio de 2011; y un encuentro en Terrassa en febrero de 2012. No puedo entrar a narrar en detalle lo que sucedió en los diferentes talleres; cada uno de ellos fue diferente, del mismo modo que fue diferente mi papel en los mismos, con grados variables de participación en la coordinación, en la dinamización y en las discusiones.

Lo que sí quisiera destacar es lo que estos diferentes encuentros tuvieron en común. La propuesta de los talleres posibilitó un giro colaborativo en el que los sujetos hicieron parcialmente suya esta investigación, y ese gesto abrió un escenario donde el campo se convertía en un espacio/tiempo de co-análisis, co-teorización y co-conceptualización entre “compañeros epistémicos” que pensaban juntos y juntas en torno a preguntas

compartidas. Al operar desde estas lógicas y prácticas colaborativas, el conocimiento producido puede resultar simultáneamente significativo tanto para los sujetos con quienes trabajamos como para la academia. Por supuesto también para otros públicos, que pueden emplear nuestros proyectos de múltiples maneras diferentes, y en ese sentido los efectos o impactos de los trabajos que realizamos son difíciles de predecir (catalizar debates y discusiones, aportar herramientas, construir una memoria de las luchas, etc.). Pero lo que es importante subrayar es que situar la relevancia como un horizonte central en nuestros proyectos, intentar que sean útiles para la gente con la que estamos trabajando, y hacer una etnografía de calidad que pueda aportar respuestas y, sobre todo, preguntas inteligentes, no son tareas incompatibles.

Para los sujetos de la investigación, estos proyectos resultarán útiles en la medida en que engarcen con sus propias preguntas, necesidades y procesos reflexivos. Es en ese sentido, en cada situación concreta variará lo que pueda entenderse como “relevancia”. En el último de los encuentros de esta segunda fase de trabajo de campo, que tuvo lugar en Terrassa, una de las integrantes de la ODS, Laia, comentó que le parecía fantástico que alguien estuviera recogiendo y escribiendo la experiencia de estas redes; y otra de las actvistas, Alcira, replicó que “de Alberto no nos importa tanto lo que escriba, sino que haya sido la excusa para organizar y reflexionar lo que ha ido saliendo”³. Es ahí donde se habría

³ Se entendía que yo estaba haciendo mi tesis y que, por ello, extender la colaboración a la escritura no era una opción. La inadecuación de la autoría individual en relación a este tipo de proyectos sería una cuestión a debatir en la academia.

producido el ensamblaje virtuoso que plantea el título del artículo. No obstante, como ya mencioné, a pesar de las expectativas que podamos tener en nuestro deseo honesto por imaginar y ensayar otras formas de hacer investigación, más recíprocas y dialogadas, menos extractivas, es fundamental sostener una postura humilde: la mayoría de las veces lo que pueden aportar nuestros proyectos no es mucho y, en última instancia, sea lo que sea lo que aportemos, siempre será más lo que recibamos de las personas con quienes trabajamos. Y hay que aprender a situarse en esa tensión sin clausurarla, dejando que nos empuje más allá de nuestros propios límites como investigadores e investigadoras.

Para la academia, por su parte, estas lógicas colaborativas son útiles en un doble sentido. Por un lado, pensar junto y con las personas que están dando cuerpo a estas prácticas emergentes de la acción colectiva —integrando sus propias preocupaciones y percepciones en el diseño y desarrollo de la investigación— es la mejor manera de alcanzar una comprensión más rica, compleja y afinada de estos nuevos protagonismos sociales. En movimientos y “comunidades epistémicas experimentales” como las que protagonizaban mi proyecto, donde la reflexión conjunta sobre la propia práctica resulta central para construir sentido y reorientar la acción, el tipo de talleres de discusión y análisis colectivo que conformaron la segunda fase de trabajo de campo son un contexto —un laboratorio— del máximo interés. Es ahí (no solo, pero sí de manera destacada) donde estas redes reactivan los procesos de experimentación en torno a las formas de hacer política. Y por lo tanto es ahí donde tenemos que situarnos

escuchando, acompañando y aprendiendo, en esa reflexividad creativa y compartida que nos va a permitir producir un conocimiento novedoso e imaginar nuevas preguntas desde las que seguir caminando.

En segundo lugar, en el interior de la academia la colaboración también es importante porque forma parte del cuestionamiento y la problematización en torno a los modos de producción y validación del conocimiento en las ciencias sociales en general, y en la antropología en particular, e invita a repensar qué tipo de ciencia estamos haciendo y qué tipo de ciencia queremos hacer. En ese sentido, puede ser útil terminar recordando que, hace ya más de dos décadas, Arturo Escobar (1992: 419) lamentaba en uno de sus textos “la invisibilidad de los movimientos sociales en la antropología”, afirmando que la investigación de algo tan heterogéneo y complejo como la acción colectiva era un desafío que podía ayudar a profundizar la autocrítica de la disciplina, teniendo implicaciones importantes para el trabajo de campo y para la dimensión política de la escritura etnográfica, es decir, para quién escribimos y cómo; y planteando retos epistemológicos y metodológicos que podían ser muy fructíferos en términos de cruces innovadores entre teoría y práctica, conocimiento y acción. Es aquí, de nuevo, donde toma sentido la idea del ensamblaje virtuoso entre antropología y movimientos sociales que atravesó y organizó mi proyecto. En este marco, la colaboración emerge como una propuesta-herramienta privilegiada desde la que ensayar otras formas de investigar y producir conocimiento, otras formas de hacer antropología, otras formas de estar en el mundo.

Bibliografía

- COMAROFF, John (2010) "The End of Anthropology, Again: On the Future of an In/Discipline", *American Anthropologist*, 112 (4): 524-538.
- CRESC Encounters Collaborative (2013) "(Un)doing collaboration: reflections on the practices of collaborative research", *Working Paper Series*, 127.
- ESCOBAR, Arturo (1992) "Culture, Practice and Politics: Anthropology and the study of social movements", *Critique of Anthropology*, 12: 395-432.
- HALE, Charles R. (2008) "Introduction", en Ch. R. HALE (ed.) *Engaging contradictions: theory, politics, and methods of activist scholarship*, Berkeley, University of California Press, 1-28.
- HOLMES, Douglas R. y MARCUS George E. (2008) "Collaboration Today and the Re-Imagination of the Classic Scene of Fieldwork Encounter", *Collaborative Anthropologies*, 1: 81-101.
- JURIS, Jeffrey (2007) "Practicing Militant Ethnography with the Movement for Global Resistance in Barcelona", en S. SHUKAITIS y D. GRAEBER (eds.) *Constituent Imagination: Militant Investigations, Collective Theorization*, Oakland, AK Press, 164-176.
- LASSITER, Luke Eric (2005) *The Chicago Guide to Collaborative Ethnography*, Chicago, The University of Chicago Press, 132.
- LATOUR, Bruno (2005) *Reassembling the Social. An Introduction to Actor-Network-Theory*, Oxford, Oxford University Press.
- RAPPAPORT, Joanne (2008) "Beyond Participant Observation: Collaborative Ethnography as Theoretical Innovation", *Collaborative Anthropologies*, 1: 1-31.
- VILLASANTE, Tomás R. (2006) *Desbordes creativos. Estilos y estrategias para la transformación social*, Madrid, Los Libros de la Catarata.

Hitz gakoak: lankidetzak antropologia, erreflexibitate dialogikoa, mugimendu sozialak, kide epistemikoak, Eskubide Sozialen Bulegoak.

Laburpena: Artikulu honetan, antropologiaren eta aktibismoaren arteko harremanen inguruan hausnartu dut, 2008tik 2012ra mugimendu sozialen zenbait sarerekin izandako lekuan lekuko lanaren esperientzian oinarriturik. Ikerketan, lankidetzak praktiken ezaugarriak eta onurak aipatu ditut, azpimarratuz nola galdera berdinen inguruan sortutako proiektuek ahalbidetzen duten antropologia bat zeinak mugimendu sozialekin batera: 1) ekintza kolektiboari buruz dugun ulkerak aberastu eta konplexuago egingo duen; 2) gurekin batera lan egiten dutenei baliagarri egiten zaien, haien interes eta beharrek bat egiterakoan; eta 3) diziplinan zentralak diren eztabaidekin lotzen den, afera epistemologikoak eta metodologikoak geure lanen erdigunean kokatzen baitira: zertarako, zeinentzako eta nola ikertzen dugu.

Keywords: collaborative ethnography, dialogic reflexivity, social movements, epistemic partners, Offices for Social Rights.

Abstract: This article is a reflection on the relationship between anthropology and activism and draws from my own ethnographic fieldwork with social movement networks (2008-2012). First I will present the distinctive features of collaborative research, and then I will detail the methodological decisions taken during my project. My aim is to underline how collaboration allows us to produce an anthropology 'with and for' social movements which: 1) will enrich our understanding of contemporary collective action; 2) will be relevant for our research subjects by connecting with their own interests, needs and concerns; and, 3) will engage some of the most salient debates in anthropology, locating epistemic and methodological questions at the centre of our projects.